

poco más á la derecha, quién se inclina un tanto á la izquierda, quién procura mantenerse equilibrado y aplomado en el centro, quién no contento de su posición, pasa de una á otra fila como villano desertor, quién se cõliga con opiniones las más contrarias para el santo objeto de derribar un ministerio con la piadosa intención de ocupar las sillas vacantes: estos hombres por circunstancias particulares tienen en su mano los destinos de la Francia; el rey que los conoce y conoce también la situación propia y la del país que gobierna, cree que es necesario temporizar, sufrir, tolerar, hasta que á él, ó á sus hijos, ó nietos, se les ofrezca la ocasión de obrar de otra manera; y así se mantiene paciente en esta desagradable situación, sacrificando los unos á las exigencias ambiciosas de los otros, para sacrificar luego á estos últimos á la ambición de los primeros. ¿Dudáis tal vez de la verdad y exactitud de lo que se acaba de decir? á la mano está un medio muy fácil de comprobarlo: contad los muchos ministerios que se suceden, y notad las pocas personas á que los cambios se reducen, y de quiénes procede la influencia.

Este hecho revela otro nada lisonjero. Estos hombres algo representan, algún motivo existe para que por espacio de tantos años les esté encomendada la suerte de la Francia; esta situación algo significa. ¿Sabéis quiénes son esos hombres? examinadlo, y veréis lo que pueden representar y lo que representan en la realidad. Nos ocuparemos de ellos algunos momentos, no por lo que son en sí, sino por lo que expresan, por lo que de este conocimiento podemos inferir para formarnos idea de la situación de la Francia; que si considerarlos debiéramos en su individualidad, y atendiendo á que sean estos ó aquellos quienes en la actualidad ejerzan el mando, ya hemos dicho desde un principio, no ser nuestro ánimo el limitar las miras á un ámbito tan reducido. Además, cuando hablamos de las notabilidades influyentes en los destinos de aquel país, no negamos que existan excepciones honrosas; sólo tratamos de los hombres en general, atendiendo más bien á la at-

mósfera en que viven, que al pensamiento y voluntad de los individuos.

¿Quiénes son esos hombres que desde 1830 rigen los destinos de la Francia? ¿de dónde vienen? ¿á dónde van? ¿cuáles son sus principios? ¿cuál la norma de su conducta? ¿cuáles sus lazos con lo pasado, sus miras sobre lo presente, sus trabajos para las generaciones futuras? ¿representan un sistema estable, marchan á un blanco determinado, tienen sus ojos fijos á lo que en pos de ellos ha de venir? Desconsoladoras reflexiones se agolpan á la mente al proponerse las indicadas cuestiones; tristes pensamientos se apoderan del alma al considerar la terrible evidencia con que se manifiestan los funestos resultados acarreados á una gran nación por un siglo de impiedad y medio siglo de ensayos revolucionarios. Las bases sobre que se asienta toda sociedad son los principios religiosos y morales, las buenas ideas sobre el poder, y las relaciones legítimas de éste con los súbditos. Ahora bien, ¿qué piensan sobre la religión los hombres que presiden á los destinos de la Francia? para ellos la indiferencia es un progreso social, para ellos las naciones han dado un paso inmenso en la carrera de la civilización, cuando se ha desterrado á Dios de la sociedad, cuando la ley se ha hecho atea. ¿Qué piensan sobre el poder? ¿viene de Dios, dimana de los hombres, se origina de la simple naturaleza de las cosas? ¿cuáles son las condiciones de su legitimidad? preguntádselo, y de todo os hablarán excepto de Dios: *la voluntad del pueblo, la razón pública, la expresión de los intereses procomunales, la necesidad social*, y otros nombres semejantes, serán las respuestas que oiréis; y en el fondo de todo ¿qué encontráis? nada más que el simple reconocimiento de un hecho; hecho que tratan de modificar como mejor les agrada, sobre todo de explotar cual mejor cumple á sus miras é intereses, á su sed de riquezas, á su ambición desmedida. ¿Dónde están *la filosofía, y la historia, y la humanidad, y el honor de la Francia, y el orgullo nacional, y el hermoso porvenir*, y tantas bellas palabras con que du-

rante quince años se halagaban la razón y las pasiones, inspirándoles fuerte aversión á todo lo presente, y preparando la explosión que habia de volcar el antiguo poder, por el altísimo motivo de que en él no tenían cabida algunos periodistas, unos cuantos profesores, y cierto número de comerciantes y banqueros? Cambiadas las condiciones de los hombres, es un mal lo que antes era un bien; es un bien, y un bien necesario á la conservación de la sociedad, lo que antes fuera un horrendo crimen. Antes la prensa era la voz del pueblo, el eco de la nación entera, el órgano de la razón pública, la expresión de los intereses más legítimos, el clamor de las necesidades más urgentes; el poder que la desoyera se hacía reo de alta traición, digno de que se le arrojara con violencia é ignominia: ahora es la prensa el alarido de las pasiones bastardas, el grito de la ambición chasqueada, el respiradero de las sociedades secretas que sólo se proponen provocar horrorosos trastornos; el poder que la desoye hace un acto de heroica firmeza, los hombres que se levantan á la altura conveniente sabiendo despreciarla, son los únicos dignos del título de hombres de Estado: el honor nacional, la independencia del país, sus relaciones con el extranjero, son cosas que el público no entiende, son palabras cuya interpretación está exclusivamente sujeta al juicio del gobierno y de sus dependientes. La opinión de éste debe ser preferida siempre, aun cuando lo contrario sea más claro que la luz del sol en el medio día. Si la Francia ha descendido del rango de nación de primer orden, si contempla humillado su pabellón en España y en Siria, si los gabinetes europeos resuelven las grandes cuestiones sin el voto de la Francia y á pesar del voto de la Francia, si los comodoros ingleses ejecutan los acuerdos de la Europa, asistiendo las flotas francesas á las operaciones que destruyen el poder del protegido de la Francia, si en España no se levanta el dedo sin preceder las insinuaciones de lord Aberdeen, si no se hace caso de las reclamaciones de las Tullerías hasta que en San James se ha dado la se-

ñal de que conviene una ligera contemporización; todo esto en nada se opone al honor, á la dignidad, al orgullo de la Francia: un elocuente discurso pronunciado por Guizot, y unos cuantos artículos del Diario de los Debates, bastan para curar el mal en su raíz; y si quedan todavía algunos incrédulos que se obstinen en decir que la Francia no ocupa el alto puesto en que la colocaran Luis XIV y Napoleón, oigan el concluyente argumento de los elogios que tributan á cada instante en presencia de la Europa entera los desinteresados ministros ingleses á la *politica modesta* del gobierno francés.

He aquí lo que son esos hombres, he aquí las manos á que está encomendada la suerte de la Francia, he aquí la situación lamentable á que se halla conducida una gran nación, merced á los que derribando todo lo existente sin edificar nada nuevo que ofreciese suficientes garantías de estabilidad y duración, han dejado la sociedad como casa cimentada sobre la arena, expuesta á caer á la primera arremetida de los vientos.

Esos hombres gobiernan la Francia, porque en algún modo representan la Francia. Ellos son hijos de la revolución, y discípulos más ó menos encubiertos de la escuela filosófica del pasado siglo; y la Francia tal como existe, es también hija de la revolución, y formada también en buena parte en la misma escuela: ellos profesan odio á todo lo antiguo, y gran parte de la Francia ha cambiado también de ideas y costumbres, apartándose del camino que siguieran sus antepasados; ellos no se atreven á sacar todas las consecuencias de los principios que profesan, y la Francia tampoco se atreve á hacerlo, también retrocede espantada á la vista del fantasma aterrador que amenaza arrebatarse su bienestar material, destruyendo el orden público; ellos desean enlazar en apariencia lo presente con lo pasado, sin abjurar empero sus erróneas doctrinas; la Francia se inclina también á rehabilitar los siglos anteriores, en la literatura, en las ciencias, en las artes, á manera de distracción y pasatiempo, no concediéndoles

empero sino un lugar muy secundario en las regiones del entendimiento, mas no ascendiente sobre el corazón; ellos están inciertos, la Francia está incierta; ellos fluctúan, la Francia fluctúa también; ellos no piensan en el día de mañana porque los ocupa el día de hoy; ellos descuidan la gloria nacional y se ocupan principalmente de los intereses materiales, y en esto imitan á la Francia que trabajada y maleada por una filosofía irreligiosa, ha visto entronizar en su seno el egoísmo, que no conoce otros medios que el oro, ni otro fin que el goce. Nó, no tienen la culpa los gobernantes, si aquella nación desciende del alto puesto que le corresponde. En trece años de paz, con un gobierno representativo de tanta latitud, la prensa libre, la guardia nacional, un numeroso ejército, con un monarca de alta capacidad, no es posible que prevalezca una política que no esté adaptada á las circunstancias del país, no es dable que se sostengan en el poder unos hombres, si existen otros que posean un sistema mejor, y que al mismo tiempo sea realizable. La Francia sufre esa política, porque la merece.

Ahora bien: ¿qué ventajas puede acarreararnos la íntima alianza con una nación que en tal estado se encuentre? ¿Qué fruto debémos prometernos de la desaparición de los Pirineos? Es evidente que el único resultado probable, fuera el contraer compromisos que podemos evitar muy bien, y el de introducirnos más y más la manía de gobernarnos á la francesa. Ambos extremos nos serían sumamente dañosos, afectando el uno nuestras relaciones internacionales, y atacando el otro la organización social y política.

Por lo que toca á lo primero, claro es que pudiera traernos males de mucha trascendencia el ligar nuestro porvenir con el de una nación, que por su posición topográfica, y por sus revoluciones tan recientes, puede verle gravemente comprometido, ya sea por el curso ordinario de las cosas, ya por algún acontecimiento imprevisto, que obrando, ó bien directamente sobre la Francia, ó sobre el

resto de Europa, cambiase la presente situación, é hiciese imposible la duración de ese *statu quo* que tan penosamente se prolonga. La guerra de los Estados-Unidos, la batalla de Trafalgar, la expedición del marqués de la Romana, son hechos que conviene no echar en olvido.

A pesar de la mucha sagacidad y paciencia del monarca reinante, hemos visto más de una vez bastante cercano el peligro de un rompimiento; estos peligros volverán á presentarse, porque están pendientes gravísimos negocios, cuya complicación los puede acarrear. Supóngase que la lucha se traba en las márgenes del Rhin, ya sea que la Francia quiera desbordarse, ya sea que los ejércitos aliados intenten marchar de nuevo sobre París: ¿cuáles serían para nosotros las consecuencias de semejantes acontecimientos? claro es, que todo dependería de la actitud que hubiésemos tomado con respecto á la nación vecina. Si tuviésemos con ella alianzas, pactos de familia, ó relaciones demasiado íntimas por un motivo cualquiera, se nos haría en extremo difícil, si no imposible, conservar la neutralidad, y nos halláramos precisados á pelear por intereses que no fueran los nuestros. Todos los recursos terrestres y marítimos, los consumiríamos inútilmente, con el desprendimiento que caracteriza el leal y generoso carácter de los españoles: y ¿para qué? quizás para recoger en recompensa la más negra ingratitud.

Al contrario, si sabemos mantenernos en la actitud que nos corresponde, si procuramos conservar con la Francia las relaciones de buena vecindad, sin otorgarle empero ninguna influencia en nuestros negocios, ni ligar nuestros intereses con los suyos, entonces la neutralidad se nos haría no sólo posible, sino fácil, natural, y en cierto modo necesaria. Colocados á larga distancia del campo de batalla, y á las espaldas de la misma nación que en tal caso fuera ó invadida ó invasora, pudiéramos señalar razones gravísimas que nos aconsejarían el abstenernos de tomar parte en la contienda, y satisfacer de esta suerte á las incitaciones que para empeñarnos en la lucha nos dirigieran

las demás potencias. La posición peninsular y en el último extremo de Europa, si bien bajo ciertos aspectos quizás no nos es favorable, puede no obstante servirnos mucho para observar esa conducta neutra que tanto nos interesa, y para librarnos de que á los daños sufridos por tan dilatados trastornos, no se agregasen nuevos conflictos traídos por las complicaciones que pueden sobrevenir, y que á no dudarlo sobrevendrán en el continente.

La España, si bien debe procurar alzarse de nuevo al rango que le corresponde entre las grandes naciones, ha de guardarse con cuidado de tomar parte en los negocios que no le interesan, aun cuando el recobro de su antiguo poderío le brindase con oportunidades halagüeñas. Justo era y muy natural, que la nación que poseía dilatadas provincias en Italia y en el norte de Europa, se hallase también mezclada en todas las grandes cuestiones continentales, apoyando con respetables ejércitos las negociaciones de sus diplomáticos; pero ceñidos como en la actualidad nos hallamos á nuestros límites naturales, y quizás con grandes ventajas para nuestro sosiego y prosperidad; ¿por qué nos mezclaríamos en las cuestiones europeas que en nada afectan nuestros intereses? Enhorabuena que la Inglaterra, la Francia, el Austria, la Prusia, la Rusia, arrostran graves compromisos para hacer que prevalezcan su opinión y voluntad en la resolución de los negocios que forman el objeto de la diplomacia europea; no es de extrañar que cada cual procure entrometerse en los asuntos que le importan muy de cerca, en cuyo caso se encuentran las indicadas naciones: pero nosotros que nada tenemos que ver con la Alemania, ni con la Polonia, ni con la Italia, ni con la Siria, ni con el Egipto, ni con la India, ¿no cometeríamos la mayor imprudencia si no procurásemos conservarnos en estricta neutralidad, y precavernos ya de antemano de compromisos ulteriores, apartándonos en la actualidad de alianzas y amistades que pudieran traérnoslos?

Por lo que toca á los efectos que nos produciría en lo

interior una relación demasiado íntima con la Francia, que tendiese á asimilar las dos naciones, creemos que fueran también sumamente dañosos. Por desgracia, la misma vecindad, la frecuente comunicación de los naturales de ambos países, el ascendiente de la literatura francesa sobre la española, y otras causas análogas, reunidas á tradiciones y hábitos arraigados en nuestro suelo desde el advenimiento de la casa de Borbón, predisponen demasiado las cosas para hacernos ciegos imitadores de la Francia, aplicando sin tino y discernimiento lo que allí vemos, sin reparar en la profunda diferencia que media entre nuestra civilización y la del reino vecino.

A primera vista el español que visita la Francia y estudia su organización administrativa, quédase agradablemente sorprendido al contemplar la admirable regularidad con que funciona aquella inmensa y complicada máquina que lleva el sello del genio, y conserva todavía las señales de la férrea mano que la construyó y le dió movimiento. La centralización por la cual todo sale de un punto y converge al mismo, es una de las calidades que más deslumbran al observador; y como las ideas de unidad y de orden ejercen tanto ascendiente sobre los espíritus capaces de abarcar grandes conjuntos, se pega fácilmente á los hombres de gobierno la manía de arreglarlo todo conforme al tipo admirado. Así se inclinan fácilmente á soñar muy hacedero lo que es imposible, y á considerar como muy útil lo que tal vez fuera dañoso.

Dos naciones se distinguen en Europa por la centralización y unidad administrativas; la Francia y la Prusia: ambas suelen ser citadas como modelos, sin advertir que las dos han estado sometidas á condiciones excepcionales, que no se han verificado en ninguna otra, y en España menos que en las demás. La Prusia es una fundación militar en un país civilizado, como la Rusia lo fué en un país bárbaro; siendo tal vez esta diferencia la que da tan distintos caracteres á Federico y á Pedro I. Es verdad que la Francia no se ha creado de esta suerte, y que su monarquía

cuenta catorce siglos de duración, pero esta larga cadena se ha roto; la unión de lo presente con lo pasado es sólo aparente; la Francia actual es una nación nueva. Con la inauguración de la Asamblea constituyente se confundieron en indecible caos todos los elementos constitutivos de la sociedad antigua, combinándose para aumentar la confusión, los que se presentaban para formar la moderna. Contrarios como eran, y enemigos irreconciliables, incapaces por de pronto de transigir, trabóse una lucha desapiadada y sangrienta. Fué necesario, por decirlo así, tomar en manos todos los elementos, y arrojarlos en un crisol para que disueltos con el fuego se amalgamasen y llegasen á formar un todo. Esta es la obra de la Convención. Bonaparte la recibió de sus manos en bruto; pero fundida ya: todo su trabajo consistió en pulirla y cincelarla. Napoleón pudo establecer lo que quiso, porque nada existía de lo antiguo, ni era posible restaurarlo en su forma primitiva. El nuevo edificio nunca se levanta con más unidad y regularidad de plan, que cuando el viejo se ha derribado hasta los cimientos.

En situación semejante, la centralización es no sólo posible, sino necesaria, so pena de perecer la sociedad. Cuando los vínculos sociales han desaparecido, natural es que se busque un medio de suplir su falta. La administración *vigorosa y una*, es entonces un poderoso recurso; así como en los ejércitos se hace tanto más indispensable la severidad de la disciplina, cuanto son más numerosos, más heterogéneos en sus partes, cuanto más expuestos están á la influencia de elementos disolventes, cuanto más críticas son las circunstancias que los rodean, haciendo más peligrosa la insubordinación.

Una de las diferencias capitales entre la España y la Francia, consiste en que allí la fuerza se halla en el Estado, aquí en la sociedad; allí la administración es lo principal, aquí lo accesorio; allí casi podría decirse que la sociedad se conserva interinamente por la fuerza de la administración, aquí se conserva y se salva, á pesar de la

ausencia de todo sistema administrativo. Si fuera posible que la Francia se hallase algunos días con una minoría, con una regencia de breve plazo, con gobernantes desacreditados, y con el desorden total que á nosotros nos aqueja, sumiríase de repente en una nueva revolución cuyas últimas consecuencias no se divisan.

Con las observaciones que preceden, no intentamos elogiar ni vituperar á ninguna de las dos naciones; sino hacer sentir la inmensa distancia que las separa, y ofrecer pábulo á la reflexión de los hombres pensadores, que con la mejor buena fe podrían creer factible lo que en la práctica encontrarían irrealizable. Quisiéramos que aprovechándose lo bueno que haya en el país vecino y que sea aplicable al nuestro, se desterrase la peligrosa manía de pretender que cosas tan diferentes se asimilen del todo; y que no se dieran pasos que luego se haga preciso deshacer, consumiendo inútilmente recursos y malgastando un tiempo precioso.

Y á la verdad, ¿sería posible plantear en nuestro suelo una centralización semejante á la de Francia? ¿hállanse en España las mismas condiciones que facilitaron y prepararon en el país vecino el establecimiento de aquel sistema? es evidente que nó. La revolución que pasó sobre aquel país con terrible fuerza arrolladora, ha sido entre nosotros un fenómeno débil, que sólo ha podido destruir á fuerza de largo tiempo, más bien con el auxilio de estremecimientos repetidos, que no á impulso de rudos é irresistibles golpes. En Francia la revolución pudo obrar con fuerza propia, sin necesidad del trono, antes bien comenzó por derribarlo; en España, la revolución ha sido débil, siempre que no se ha guarecido á la sombra del mismo trono; cuando no se ha combinado con ella un interés dinástico ha perecido en breve; sólo ha podido alcanzar el triunfo cuando ha sabido tomar el título de defensora del trono de la excelsa Hija de cien reyes. ¿Qué es una revolución que necesita obrar por medio de reales órdenes?

Échase de ver por ahí que nuestro estado social y político es muy diferente del en que se encontraba la Francia al salir de su colosal revolución de 1789; y que por tanto fuera grave desacuerdo tomar por pauta lo que allí se hizo, cuando se trate de plantear el nuevo sistema, que la lenta descomposición del antiguo ha hecho en cierta manera indispensable.

No abrigamos contra la Francia prevenciones injustas; y nos parece muy ajeno de la razón y de la imparcialidad el rencor que le profesan ciertos hombres; de la propia suerte juzgaríamos si se tratase de otra nación cualquiera, pues que no creemos que ningún pueblo en masa sea digno de aversión. Pero es preciso tener en cuenta una muchedumbre de circunstancias atendiendo á los resultados que pueden producir, para inclinarse más ó menos á determinadas alianzas. Y como quiera que el estado político de la Francia nos parezca poco satisfactorio, y mucho menos todavía el social, es de aquí que consideramos muy dañoso para la España el que resucitando una política que en la actualidad no podría justificarse por ningún título, se establezcan relaciones demasiado íntimas con aquella nación. Ora procediesen éstas del enlace de S. M. la Reina con un príncipe de la dinastía de Orleans, ora dimanasen simplemente de un sistema político, las consideraríamos siempre como nocivas; y tanto más, cuanto se fundasen en un hecho indestructible. Tal sería un casamiento de Isabel II con uno de los hijos del monarca reinante.

Al parecer no faltan algunos que á esto se inclinan, creyendo sin duda que con apoyo tan poderoso, y con las buenas calidades que se suponen en los candidatos, obtendríamos una prenda de estabilidad y de buen gobierno. Sin disputar ninguna de dichas calidades, de las que, por decirlo de paso, no fiamos mucho hasta que se hayan probado con la piedra de toque de la experiencia, parece que los partidarios de semejante enlace no han meditado bastante sobre sus resultados.

Ante todo, es muy probable y casi cierto que no lo per-

mitirían ni la Inglaterra ni las potencias del Norte, y si por medios imprevistos allanarse pudiera tamaño obstáculo, lejos de alcanzar así un principio de estabilidad lo tendríamos de incertidumbre y vaivenes; pues que se combinarían para producirlos, la rivalidad de la Inglaterra, y los riesgos á que está sujeta y lo estará por mucho tiempo, la dinastía de Orleans.

Si la intimidación de dichas relaciones estribase en la semejanza de conducta de ambos gobiernos la consideráramos tan dañosa como el principio en que se fundaría; que para nuestra patria no deseamos un gobierno de miedo, que ni se atreva á ser revolucionario, ni á defender las grandes tradiciones nacionales; que se limite á un reducido número de ambiciosos cuyas hazañas consistan en derribar á sus rivales por medio de intrigas, y cuyos grandes pensamientos de Estado consistan en combinar una mayoría á fuerza de brindar con los atractivos de que nunca están faltos los que disponen de todos los recursos de una gran nación, que halague por una parte á la religión de la mayoría de los gobernados, y sostenga de otra á los encarnizados enemigos de la misma; que se apellide conservador porque conserva lo que hay, formando gran porción de estas exigencias los empleos, los honores, las condecoraciones, y sobre todo los pingües sueldos de unos cuantos hombres que se juegan la nación á dados, por valernos de la enérgica expresión de Mirabeau. A la monarquía de Isabel, de Carlos V, de Felipe II, le deseamos otra suerte; y por muchas que sean las dificultades que en la actualidad la rodean, no miramos como imposible un grandioso porvenir, nuestro único consuelo en medio de tanto infortunio. No, no creemos que nuestra prosperidad dependa de alianzas de ninguna clase, ni de imitaciones rastreras; hay todavía en la nación un fondo de vida, de fuerza, de energía, que explotado y dirigido cual conviene, puede de nuevo levantarla al alto rango que le corresponde.

Otras veces lo hemos dicho y lo repetimos aquí: á esta

sociedad no le faltan elementos de buen gobierno, tiénelos quizás en tanta abundancia como cualquier otro pueblo de Europa; pero echa menos una feliz combinación de circunstancias en que pueda hallarse un punto donde se reúnan y armonicen los muchos elementos de bien que posee. Cuando esto se verifique, no se hará esperar mucho un gobierno verdaderamente nacional. Hemos oído repetidas veces que en España es imposible un buen gobierno; y que ese desorden en que hace tantos años nos hallamos sumidos, es una dolencia que no es dable remediar; desconocemos los fundamentos en que se apoya esta opinión, pero nos parece que entra en ella no poco de aquel abatimiento que presenta los objetos más tristes de lo que son en la realidad. Entre tanto, es de la mayor importancia el nutrir y fomentar en los ánimos este presentimiento de tiempos más felices; conviene no atajar el vuelo que á ellos nos impulsa, haciendo mediar protectores de ninguna clase. La Inglaterra y la Francia sean para nosotros una misma cosa: interesados extranjeros cuya amistad no nos traerá ningún bien, y nos puede acarrear muchos males. No consintamos en servir de campo, donde por medio de intrigas, se disputen la preferencia. La arena de sus rivalidades que la establezcan en otro lugar; y en lo que directamente nos pertenezca, sostenemos nuestro derecho con decoro, pero con dignidad y firmeza. No olvidemos en todos los conflictos que ofrecerse puedan, que las amenazas de una ni de otra, de amenazas no han de pasar: que si pasasen, nunca se muestra más grande el pueblo español que cuando pelea.—*J. B.*

LA POBLACIÓN.

ARTÍCULO 1.º

La población: he aquí uno de los objetos más difíciles que ofrecerse puedan á la ciencia. ¿Cuáles son las leyes de su aumento ó disminución? ¿cuáles los efectos que produce, según el modo con que se multiplica? he aquí dos cuestiones á cual más interesantes, y que sin embargo están muy lejos de haber alcanzado una solución completa. Los economistas modernos se han dividido en este punto como en tantos otros; asentando cada cual ciertos principios, á los que en su opinión estaban subordinadas la naturaleza y la sociedad. Antes de manifestar nuestras opiniones sobre este punto, se hace necesario dar una ojeada á alguno de estos sistemas, para que conociendo los errores y equivocaciones de los otros, sea más fácil, al tantear otro camino, encontrar la deseada verdad.

Un distinguido economista español, el Sr. D. Ramón de la Sagra, observa con mucha exactitud que se encuentran en esta materia dos opiniones directamente opuestas: la primera que cuenta entre sus defensores á Montesquieu, Necker, Mirabeau, Adam Smith, Everett, Morel de Vindé, sostiene que la fuerza y riqueza de los Estados son proporcionales al aumento de la población, por considerar á ésta como un elemento productor. La otra que defienden Ortés, Ricci, Franklin, J. Stewart, Arthur-Young, Townsend, Malthus, J. B. Say, Ricardo, Destutt Tracy, Droz, Duchatel, Blanqui, Sismondi, de Coux, Godwin, conside-